

ALMANAQUE

DEL



ALBUM

Madrid Comico

PARA

1887

lilla



Año VII 1.º de Enero de 1887 Núm. 202

SUMARIO

TEXTO: Juicio de sobras, por Eduardo Bustillo.—Guía de Madrid, por Eduardo de Palacio.—Cuando pitos flautas..., por Ramón de Campoamor.—De un drama inédito, por Marcos Zapata.—A una señorita, por Ricardo Sepúlveda.—No farse!, por Constantino Gil.—Noche Buena, por Miguel Ramos Carrión.—Tres opiniones, por Eusebio Blasco.—La fuente de los rosales, por Vital Aza.—El amor matemático, por Enrique Sagovia Rocaberti.—Pallique, por Clarín.—Hipocresía, por Manuel del Palacio.—¡A ver mundo!, por José Estreñi.—Carta abierta, por Eusebio Sierra.—Estos días..., por Manuel Mateos.—Sáficos, por José Estremera.—Las casillas del padrón, por Juan Pérez Zúñiga.—Maldita boca!, por José Jackson Veyan.—Los perseverantes, por Luis Taboada.—Menudencias, por José López Silva.—Un consejo, por Pícaro Iráizoz.—Interioridades, por Sinasio Delgado.—La cónyuge futura, por Manuel Osorio y Bernard.—Tal para cual, por Eusebio Cabezon.—Pedimento, por Antonio García de Quevedo.—A los pies de mi aguador, por Amante Laffon.—¡Oiga usted!, por Justino Velasco.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Advertencia.—Anuncios.

GRABADOS: Portada. El Olimpo, por Cilla.—Una equivocación lamentable, por Angeles Mestres.—Album, por *Meechle*.—Dolora triste, por Cilla.—Tertulia y billar, por *Meechle*.—El corazón de las chicas, por Cilla.—Apuntes, por Felicer.—Los trasnochadores, por Cilla.—El pelotón de la murga, por *Meechle*.—Arrepentimiento, por Cilla.

JUICIO DE SOBRAS

Un gran tragón nos preside,
escándalo de los dioses,
y así estarán todo el año
de plácemes los comiones.

Saturno, comión divino,
en sus bárbaros trasportes,
se almorbaba un hijo propio
entre un par de buquesones;
y, por conyugal estafa,
insaciable más que torpe,
alguna vez engullía
por chicos guardacantones.

Saturno al ochenta y siete
por su estrecha cuenta coge,
y es de doce meses padre
y se zampará los doce.

No hay, pues, que llamarse á engaño
de Saturno, ante los trotes,
con tales antecedentes,
con instintos tan feroces.

Pues rige nuestros destinos,
no extrañen ricos ni pobres
ser al fin platos del día
de un apetito sin orden.

Que un Saturno merecemos
ya nadie en duda lo pone,
pues se hace público alarde
de lo mucho que se come.

Políticos hay á diario,
de su buena fe pregonas,
que se almuerzan sus principios
y su vergüenza de postre;

y algunos han demostrado
tragaderas tan enormes,

que llevan ya digeridas
dos ó tres constituciones.

Todos los días oímos
hablar de administradores
que hacen fonda, sin parada,
de los fondos con que corren.

Andan oliendo cocinas
beneméritos autores,
que guisan en la francesa
sus garbanzos españoles.

Noticias de saturnales
nos dan en letras de molde,
en los que excesos de guía
traen excesos de oradores.

Porque en festines políticos
si, al brindar, da el hambre voces,
palabras de honor se tragan
comensales y anfitriones.

Tras un duelo, comilona;
se casa uno mal, y ponche;
grita un charlatán, y cena;
triumfa un pillo, y alboroque.

Y así abruman al estómago
penas y satisfacciones,
y victorias de intrigantes
y alegrías de traidores.

Y pues Saturno les rige,
va á ser año de derroches,
y colmo de fiebres gástricas,
y empalmes de indigestiones.

Y como el ochenta y siete
será lo que ustedes oyen,
que Dios tenga de su mano
á pinches y marmitones.

EDUARDO BUSTILLO.

GUÍA DE MADRID

Como á esta capital afluyen jóvenes inconscientes, ora para entregarse al estudio de una carrera ó bien para improvisársela (suple carrera), no debemos los escribidores públicos dejar á la juventud sin guía en este Madrid de mis ó de sus pecados.

Esta razón de benevolencia y cariño fraternal á los prógimos (si bien menor en intensidad que el amor á las prógimas) nos ha impulsado á facilitar la siguiente *guía de Madrid*, para uso de forasteros incautos é indígenas confiados, que también los hay.

«Madrid es una villa populosa,» como dice un autor en un compendio de geografía astronómica, física, política y melo-dramática.

Contiene los Ministerios y casas de los ministeriales, varios teatros, boticas, palacios del Congreso de Diputados y del Se-

nado del Reino y ultramarinos, bodegas, camas sin fiador de *La Verdad*, y paseos públicos en buen uso.

El número de casas para pupilos y pupilas es excesivo, relacionado con la población pesada ó flotante, de Madrid.

Aún es mayor el número de tabernas.

Hay coches de punto lo mismo que calcetines, calzoncillos y elásticas (de punto).

Hay tranvías con motor animal, Ripperts con motor animal, omnibus con motor animal, guardias con motor... de orden público.

Lo único que no suele haber, es seguridad de no verse atropellado; porque las calles en su mayoría fueron abiertas á medida de pollino, que era el único vehículo conocido, y aun aplaudido por aquel entonces.

No debe ocultarse al forastero en esta capital el sinnúmero de peligros á que se halla expuesto durante su estancia en Madrid.

Hay buenas gentes que acogen al recién venido á la corte como á un hermano, bilingüe si es vasco y político si es de cualquiera otra región de España.

Pero no faltan individuos en Madrid que, como arañas á las moscas, aguardan á los provincianos para devorarles en secreto.

El forastero debe tener presentes en la memoria los siguientes consejos que en forma de dísticos *encarullados* (para facilitar la *retención*) le proporcionamos gratis:

En Madrid, el honrado forastero,
ha de temer al frío por Enero.

Y si llegase á hipotecar la capa,
que ven bien después cómo se tapa.

Si saliese de casa en altas horas,
mire con prevención á las señoras.

Nunca tome mujeres ni ensaladas
si se las ofrecieren trasnochadas.

Si le timan ó roban algún día,
y tiene tía, cuéntelo á su tía.

Mire bien lo que mete y lo que saca
cuando saque la bolsa ó la petaca.

Analice la carne en la comida,
que la hay original y refundida.

Y no olvide que, en clase de pescado,
hay uno nuevo, el *perro-bacalado*.

Si la fortuna le depará un terno,
exijale de abrigo en el invierno.

Y si juega y no pasa de ser punto,
antes mate que verse de difunto.

No sea en el teatro alabardero,
que es vicio censurable, inculto y elero.

Si ha de pasar por hombre superfino,
debe silbar las obras del vecino.

Si una pasión su entendimiento embota,
cuide de no casarse con la sota.

Medite en este axioma el hombre tierno:
«Donde menos se piensa, brota un cuerno.»

Si es mozo que se lava de año en año,
puede probar, si quiere, á darse un baño.

Veá qué amigo toma, y lo que toma,
y cuídese, que no es paso de broma.

Ya hemos visto en diversas ocasiones
tragedias de espantosas proporciones.

Ande, por fin, si no lo lleva á enojo,
con ojo, no con mucho, sí con ojo.

Esto, amados Teótimos varones,
os procuro en mis cortas oraciones.

EDUARDO DE PALACIO.

DOLORA

CUANDO PITOS FLAUTAS...

Nunca de joven, mi bien,
me diste á besar tu mano,
y hoy me besan, siendo anciano,
tus nietas cuando me ven.

Las mandas besar, á quien
tú no has besado jamás,
porque humillándome vas,
por medios de astucia llenos,
joven... por carta de menos,
viejo... por carta de más.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

EL OLIMPO



El dios de la justicia.



El dios del sueño.



El néctar de los dioses.



El dios del comercio.



La diosa de la inocencia.



El dios de la industria.



El dios de la música.



La ninfa del pudor.

UNA EQUIVOCACION LAMENTABLE



¡No había que dudar! A Encarnación se le iba llenando la cara de vello.



Y á su mamá se le caía lastimosamente.



Por fortuna tropiezan con los anuncios de un depilatorio superior, y de un aceite que hace crecer el cabello en seguida.



¡A comprarlo, cueste lo que cueste! El dependiente de la perfumería, que es muy amable, les explica el modo de usar los dos elixires distintos.



Y desde aquel día la mamá no cesa de untarse la cabeza con el aceite salvador.



Y Encarnación se pasa las horas muertas haciendo desaparecer aquellos bigotes que la ponen nerviosa.



¡Horror! ¡Han cambiado los frascos!

DE UN DRAMA INÉDITO

UN PADRE SENTENCIADO Á MUERTE

(MONÓLOGO)

¡Mañana, cuando el alba se despierte,
mi triste vida se hundirá en su ocaso!
¡Negro contraste de la infuusta suerte!
¡Veinte horas me separan de la muerte!
¡Sabré dar con valor mi último paso!

¡Que aparece en resumen á mis ojos!
La eternidad que todo lo nivela,
Los fugaces y miserables despojos
en que un alma se agita y encarna,
hasta el día en que Dios la dice ¡vuelta!

¡Y qué dejo tras mí sobre la escoria
de este planeta terrenal, regado
con lágrimas y sangre? La memoria
de necio avar, de loco desdichado,
ó de martir quizá la ejecutoria!

¡Dejo también en lucha con la vida,
y en triste desamparo á una inocente!...
¡Dejo á Matilde en la orfanidad sumida,
como al ave á quien cortan de repente
el árbol bienhechor en que se anida!

Oh, tú, Supremo Juez, Dios soberano,
que ves a fondo mi tormento rudo
y el ansia paternal con que me afano,
sé de Matilde celestial escudo,
y posa en ella tu bendita mano!

¡Muestra piedad ante la pena mía,
y escucha mi plegaria fervorosa,
por aquella infeliz, pobre María,
que se llevó en su seno cariñosa
y asistió en el Calvario á tu agonía!

MARCOS ZAPATA.

A UNA SEÑORITA

(ABONADA AL PARAÍSO DEL TEATRO REAL)

Aunque no tengo derecho
á enviarte carta alguna,
porque no siento en el pecho
ningún amor, por fortuna,
dispense usted si, atrevido,
á darla un consejo voy,
que estoy tan enfurecido...
¡no sabe usted como estoy!

Lo que sucede me irrita,
y por eso alzo la voz:
esto es atroz, señorita;
señorita, esto es atroz.

Usted, del público en daño,
aunque á gusto de la empresa,
es más bonita cada año,
y de hacer rastos no cesa.

Usted tal maña se ha dado,
en mirar con tal salero,
que tiene usted alborotado
casi todo el gallinero.

Usted mira á troche y moche
á todos los que la admiran
y aumentan en cada noche
los que en torno de usted giran.

Uno con bigote aquí,
otro con barbas allá,
tres á cuatro junto á mí
y siete junto á mamá.

Ya he contado más de ciento,
y si esto ha de continuar,
no voy á tener asiento
donde poderme sentar.

Por consiguiente, es preciso
que termine tanto exceso;
que no se va al *paraíso*
señorita, *paraíso*.

Vejo lo que pasa allí
y al cabo tendré que irme...
¡y no me mire usted á mí
porque yo no he de rendirme!

Tiene usted el rostro agraciado
y el peinado es un primor;
pero ya habrá usted observado
que yo no la hago el amor.

Conque sin pretexto alguno
si es usted de amor tapaz,
decídase usted por uno
y déjenos usted en paz...

.....
Si acaso por mi franqueza
de saber mi nombre trata,
soy... quien lleva una cereza
en mitad de la cobarta.

Un dilatantí.

Por la copia,

RICARDO SEPÚLVEDA.

¡NO FIARSE!

A la entrada del invierno,
que empezó bastante frío,
decidí comprarme un terno
como el de un amigo mío.
El cual es muy elegante,
y de la alta sociedad;
como que va tan flamante
que es una barbaridad.
Así, pues, me decidí
según ya queda expresado,

y una mañana salí
en mi capita embozado.
Llegué á casa de Moreno,
que me enseñó un paño verde
y me dijo:—Este es muy bueno;
y de un color que no pierde.
Me dejé tomar medida,
luego, me dejé probar,
me lo hicieron en seguida,
y hasta lo llegué á pagar.

Pero ¡ay! conmigo se junta,
y está por el monte ciego,
un cazador. ¡Cómo apunta...
en cierta casa de juego!
Y es cazador, sí, señor;
pero á nadie le conviene
que sea tan cazador...
de los amigos que tiene.
Casualmente le encontré
el día que yo estrenaba
mi traje verde; y entré
con él, en donde él entraba.
Buena casa; varios memos;
mucha luz; mucha alegría;
de esas que todos sabemos,
menos los de policía.

Por distraerme, me dijo
que subíamos allí.

—Te divertirás, de fijo—
Y es cierto. ¡Me divertí!
¡Vaya! Hasta el amanecer
que la distracción duró,
me distraje; hasta perder
la cadena, y el reloj.

Al otro día indignado,
le llevé á Moreno el traje;
y por haberme engañado
le dije, con gran córaje:
—¿No era usted el que decía,
elogiándome este verde,
que el tal color no perdía...?

¡Pues no es verdad! Porque pierdo.

CONSTANTINO GIL.

NOCHE BUENA

Edad, cuarenta años.
Ojos, pardos.
Nariz, regular.
Cara, regular.
Boca, regular.
Estatura, regular.

Tales eran las señas generales que al margen de una cédula de vecindad tenía anotadas D. Manuel Cuadrado.

Si el empleado en la alcaldía hubiese llenado la casilla destinada á las señas particulares, sólo hubiera podido poner ésta: usa un sobretodo de color de rata todos los inviernos, desde 1858 inclusive.

Con esto, y añadiendo que D. Manuel era casado y que tenía tres hijos, comprenderá el lector que nuestro protagonista era la vulgaridad en persona.

Su vida se había deslizado con toda la monotonía posible; nunca le había sucedido nada extraordinario. Relataba como el suceso más notable de su existencia el haber estado mes y medio sin poderse mover á causa de diez y siete diviesos que le salieron, salva sea la parte.

Fuera de este acontecimiento, no recordaba de su vida nada que fuera digno de mencionarse.

Pues bien: el tal Sr. Cuadrado, empleado en una oficina particular, donde entró en clase de escribiente de última *idem* á los diez y ocho años de edad, era el año pasado escribiente primero de los dos que allí había, con el sueldo anual de seis mil reales.

El 24 de Diciembre el principal daba una paga de regalo á sus dependientes, y con estos veinticinco duros extraordinarios, saltó del escritorio D. Manuel, con la sonrisa de la inocencia en los labios, y la alegría de un niño en el corazón.

¡Qué de joviales pensamientos retozaban bajo su sombrero de copa, de forma algo anticuada!

En tan grata disposición de ánimo se dirigió á la Plaza Mayor, alquiló un *esportillero*, compró turrónes, dos cajas de jalea, una de perada, una vibora de mazapán oculta entre un bosque de flores de papel, un pavo, castañas y nueces, granadas y naranjas, dos tambores, una pandereta con el retrato de Espartero, y después, en la primera pescadería que halló al paso, dos besugos gigantes.

Dirigióse luego á la plaza de Santa Cruz, y allí compró tres reyes magos de barro cocido, una Sacra Familia, una mula y una vaca, dos camellos, cuatro corderos, media docena de pastores, y una estrella con rabo, de hoja de lata.

Con todo esto, más seis cuartos de escarola, y una lombarda y un apio, capaz de trastornar á cualquiera con su pestilente olor (comprenderá el lector que á mí no me gusta el apio), encaminóse D. Manuel á su casa, calle de la Lechuga, más fresco que el nombre de la calle, y seguido del *esportillero* que conducía todo lo comprado.

La entrada del Sr. Cuadrado en su casa fué triunfal.

Sus tres hijos, el mayor de ocho años, que le conocieron en las pisadas, salieron á recibirle, se apoderaron de los tambores y la pandereta, y aquí empezó Cristo á padecer; es decir, la vecindad.

—¿Han traído la leche de almendras?

—Sí, papá, sí;—dijeron los tres vástagos (de los cuales uno era una), ¡y han traído mucha!

La leche de almendras era regalo del mozo del café de la Concepción, donde pasaba todas las noches del año el señor de Cuadrado.

—¿Y las figuras del Nacimiento?—preguntaron con ansiedad

los chicos, que esperaban aquellas casi con tanto afán como los tambores.

—Todo viene aquí—contestó el padre satisfecho.

Y sacó las figuras, y allí empezaron las exclamaciones, y los elogios, y el asombro, y la suprema felicidad de los muchachos.

—¡Mira qué vaca!—decía uno.

—Calla, bruto, si es un cordero—decía otro.

—Lo mismo es—decía la chica.

Y los tres se quedaban con la boca abierta al descubrir la estrella con rabo.

—¡Vamos á poner el nacimiento!

—¡No! Yo lo pondré—exclamó su padre revistiéndose de toda la gravedad que el caso requería.

Y en tanto, D.^a Tomasa en la cocina daba tormento al almirez, y pegaba un puntapié al gato que oía los besugos y escandalizaba la casa maullando, y reñía por centésima vez á la criada, que, aturrida con los preparativos extraordinarios de la cena, iba á echar pimienta en la sopa de almendra.

II

Han pasado tres horas. El comedor presenta un aspecto deslumbrador é incitante: ya ocupan su puesto todos los convidados, que son siete, y los tres niños de la casa, con cuatro primos más, se hallan sentados ante una mesa colocada aparte, que sólo se usaba en las grandes solemnidades de la familia.

Los convidados eran: la madre de D.^a Tomasa, suegra, por consiguiente, de D. Manuel; una hermana de éste con su marido, cuñado de D. Manuel, por consiguiente; una sobrina del mismo; un tío de su mujer; un sobrino que hacía versos, y una prima que no hacía nada, más que torcer la boca sin cesar, porque padecía de los nervios.

Hasta la hora de comenzar la cena todo iba perfectamente: la paz doméstica no se había turbado un sólo momento.

Y cuidado que el comedor encerraba un semillero de discordias: porque el yerno era horriblemente antipático para su suegra, la hermana de D. Manuel aborrecía de muerte á D.^a Tomasa, el tío de ésta se hallaba indispuerto con toda la familia, el sobrino había tenido meses antes no se qué palabras con la mamá de D.^a Tomasa, y entre ésta y la prima nerviosa nunca hubo sino disgustos y peloteras.

Pero la fiesta religiosa y popular del nacimiento del hijo de Dios había unido con los lazos de la familia á los individuos de aquella, que en el resto del año no se podían ver ni en pintura. ¡Innegable ventaja de la tradición!

En un cuarto destinado á los bailes lucía el nacimiento, hecho de madera, papel y corcho por el Sr. de Cuadrado, obra maestra de paciencia y de ingenio, que habían admirado todos, en la que resaltaban las figuras de barro, y ante la cual lucían cuatro velas de color de rosa. El portal de Belén estaba iluminado por un transparente de papel amarillo que figuraba un sol, con una lamparilla colocada detrás.

Solo el apetito, que debía ser grande, pues habían almorzado muy temprano, pudo arrancar á los chicos de aquel espectáculo nunca visto ni apenas soñado, para trasladarse al comedor.

Todo, como decíamos, iba á las mil maravillas, cuando, al colocarse sobre la mesa la ensalada, Antoñito, el niño menor de D. Manuel, empezó á quejarse de que le dolía el vientre. Al principio apenas le hicieron caso, pero los quejidos aumentaron, comenzó el llanto, y á causa de una sospecha que cruzó por la mente de D.^a Tomasa, se levantó ésta de la mesa, salió á la cocina y volvió inmediatamente horrorizada de haber descubierto que una cesta que un tío suyo le había enviado de Alcobendas llena de bollos, estaba vacía.

Al oír el descubrimiento, Antoñito puso el grito en el cielo: su madre le preguntó si se había comido todos los bollos; el chico dijo que sí, y sus padres, que sabían el número de bollos que enviaba el tío de Alcobendas, comprendían que el muchacho iba á reventar de un momento á otro.

Azotina al chico para que hiciera la digestión más pronto, convenciones agrias de la abuela porque pegaban al nieto; disgusto general, y por fin, esta frase lanzada al aire por la prima nerviosa:

—¡Pues maldito que mi tío se acuerda de mí para enviarme bollos!

Esta pareció ser la señal de la batalla.

—¡No sé por qué te había de mandar nada!—dijo la suegra.

—Por la misma razón que se los envía á Manuel.

—No hace nada demás, porque á nosotros nos debe muchos favores—repuso con acento provocativo D.^a Tomasa.

Y de estas palabras en otras, se pasó á los recuerdos de mutuos resentimientos, se insultaron las mujeres, los hombres tomaron parte, salieron todos los trapos á la colada, y cinco minutos después se oía lo siguiente:

—La culpa tiene quien viene á vuestra casa.

—La culpa es nuestra de convidar á quien no sabe agradecerlo.

—¿Sí? ¡Pues la cosa lo merece!

Y esto, y lo otro, y lo de más allá, y la ruidosa resolución del cólico de Antoñito, y una de vociferaciones de tíos, primos, yerno, cuñada y tío, que no se entendía nadie, y cuando ya se había dicho aquello de:

—¡Vámonos! ¡yo no vuelvo á esta casa!—entra la criada gritando:

—¡Fuego, fuego! ¡Que se quema el Nacimiento!

Una columna de humo penetra en el comedor: las mujeres chillan, los niños lloran, los convidados huyen, echando demonios por la boca, el Sr. de Cuadrado va y viene á la cocina, trayendo jarros de agua, que vierte sobre su obra maestra, consumida por el sol del portal de Belén, y D.^a Tomasa se siente atacada por la convulsión que casi siempre la acomete en las grandes festividades.

A las dos de la madrugada los chicos duermen ya tranquilamente; D.^a Tomasa, que ha tomado catorce tazas de tila, duerme también, y D. Manuel, comiendo un poco de besugo frío, oyendo el estrépito de tambores, panderas, zambombas, almireces y rabeles de los transeuntes y de los vecinos de la guardilla, exclama casi con lágrimas en los ojos:

¡Y esta noche es Noche Buena!

M. RAMOS CARRIÓN.

TRES OPINIONES

—¿Me quieres?	—Más que á mi vida.	—¡Intolerante!
—Y tú á mí ¿me quieres?	—Mucho.	—¡Perjura!
—¿Me olvidarás?	—Eso nunca.	(Y alejándose dijeron entrambos con voz austera)
—¿Me lo juras?	—Té lo juro.	—«El amor es un tormento que desespera y abruma.»
(Y después de estas palabras dijeron ambos á dios:	—¡El amor es la existencia!	—¿Qué tienes?
—¡La única verdad del mundo!»)	—A quién miras?	—Hoy no estoy buena.
—A quién miras?	—A quien mire.	—Voy á salir.
—No lo aguanto.	—¡Pues me gusta!	—Como gustes.
—¿Déjame en paz!	—¡No me quieres!	—Adiós, pues, y que te cures.
		(Y decían, ella en casa y él en ciertos andaluces:
		—«El amor es un capricho que degenera en costumbre.»)

ROBERTO BLASCO.

LA FUENTE DE LOS ROSALES

BALADA

I	Lejos, bastante lejos de lo poblado y del monte en el sitio más retirado, entre rudas malezas y peñascales está la hermosa fuente de los rosales. ¡Todo allí es paz, dulzura, sosiego, calma!... Allí puede espaciarse tranquila el alma. Sólo turba el reposo de aquella fuente el placido murmullo de la corriente; los cánticos que entonan los pajaritos; el pausado aleteo de los mosquitos; el apacible y dulce rumor del viento, y el lejano rebusno de algún jumento.	va la zagala orgullo de los zagales. No hay en todo el contorno cara más bella, ni ojos tan expresivos como los de ella. ¡Qué pecho, qué caderas y qué cintura! ¡Qué brazos, que fornida musculatura! Llega á la fuente, baja su cantarillo y se acuesta tranquila sobre el tomillo. ¡Qué postura la suya! ¡Cuán inocencia! ¡Es la estatua yacente de la indolencia!
II	Cuando el sol lanza al mundo su primer rayo, y en una mañanita del mes de Mayo, camino de la fuente de los rosales	III Por el monte de caza va un caballero; se pierde en la espesura, toma un sendero, y buscando la sombra de unos zarzales va á parar á la fuente de los rosales. Ve á la moza tendida, corre á su lado y al mirar su hermosura queda extasiado. La moza se incorpora

ÁLBUM



A Pepe, recuerdos de su ena-
morada *Cristeta*



A Guini y Martin
eresena *los presis*
Juacilin



A mi hijo *Guillermo*



A Lucia:
Si como el mi pasión mi rayo fueran
los ojos de mi retrato te partieran
cuyo: *Angelina*

Macho



A mi Cenovito
Anastasia

DOLORA TRISTE



Jura Isabel fidelidad constante
apoyada en el brazo de su amante,
y el pobre no recuerda, envanecido,
que años atrás se la juró al marido.
Las hembras ¡oh solteros y casados!
son diablos colorados.

como una fiera,
y el candor la dice
de esa manera:
—Zagala encantadora;
—¡Ay, zagala, me tienes
de amor loco!
—¡Cuánto candor! ¡No sabe
lo que es un beso!
Vas á saberlo ahora,

nina inocente;
deja que te lo explique
prácticamente...
—¡Ay, zagala!
—Ven á mis brazos!
—¡Quítate presto!
¡El demonio del hombre!
Y al decir esto,
te pegó la zagala,
con tal fuerza
con el cántero encima
de la cabeza,
que sin sentir el joven
cayó rodando,
mientras la moza alegre
marchó cantando...

IV

¡Cazadores que al monte
vais de batida,
no tratéis con zagalas
en vuestra vida,
porque son casi todas
tan animales,
como la de la fuente
de los rosales...

VITAL AZA.

EL AMOR MATEMÁTICO

Venus, la diosa del Olimpo griego,
la madre del Amor,
pídele á Jove, para el niño ciego,
un sabio preceptor.

Júpiter llama al dios de las horteras,
de los alados pies,
que es, sin disputa, el dios de más carreras,
y, en lo práctico, inglés.

Mercurio acepta el cargo, agradecido,
principia su misión
y da, sin más preámbulo á Cupido,
la primera lección.

—Uno y uno son dos, sin duda alguna.
—¿Dos dice usted?—Cahal.—
—Uno y uno son dos, mas, ¿y uno y una?—
—Exactamente igual.

—Perdone usted, señor, si le importuno;
pero, ¿cómo ha de ser
iguales uno y una que uno y uno?—
—Siendo.—Vamos á ver.

—El problema no puede ser más llano,
sencillo y baladí:
aunque distintos son el pie y la mano,
serán dos miembros, ¿dij?

Quédase pensativo el niño ciego,
por otro nombre Amer,
meditó la respuesta un rato, y luego
replica al profesor:

—¿Y no tendríais más demostraciones?
—Harto clara esa es.
—Pues, según mi experiencia y mis lecciones,
uno y una son tres.

Tocados por mis flechas dos amantes,
Mercurio, observarás
que al año de su unión, ó meses antes,
resultan tres... ó más.

—No necesitas quien te enseñe nada,—
répuse absorto aquél,
y ante la diosa más idolatrada
se presentó con él.

—Aquí tenéis ¡oh Venus! al infante;
yo no hago falta aquí,
porque ya sabe el niño lo bastante
para andar por ahí.

De tal modo discurre, y tal se explica,
aunque ciego nació,
que el discípulo suma y multiplica
mucho mejor que yo.

E. SEGOVIA ROCABERTI.

PALIQUE

Hagamos calendarios.

Año nuevo... vida vieja.

Aunque mi buen amigo Talero opine que estamos en un florecimiento científico y literario que no nos merecemos, porque varios hacendosos arqueólogos y algunos rutilantes eruditos nos propinan, á guisa de rapé, menudencias históricas en polvo, algo así como el *folleto* de siglos pasados, como quien dice colecciones de correspondencias de la Edad Media, yo creo, sin despreciar (y sin leer) esta clase de documentos, que muchas veces no sirven para nada, que no estamos tan florecientes ni florecidos como se supone, y que tenemos en esto de *libretos* unas pésimas costumbres secretas y públicas.

Espero, porque no me faltan razones para ello, que en 1887 se publiquen algunos libros buenos; pero tengo la seguridad de que se han de publicar muchísimos malos, de los cuales hablará la prensa más y mejor que de los otros.

En esto ha de parecerse el año '87 al '86 como un huevo á otro huevo. No en vano arraiga una costumbre.

Continuarán escribiendo: *Juicios críticos*, ó *Libros nuevos*, ó *Impresiones de un lector*, ó *Bibliografías*, las acreditadas iniciales A. B., y C. D., y X. Z., etc., etc., y los no menos ocurrentes y sabios somnolientos titúlalos *Uno que lee*, *Este*, *Aquel*, *Cualquiera*, *Yo*, *Ejo*, *Fulano*, *Mangan*, etc., etc. Otras veces no llevarán firma, ni aun de esa clase, los artículos ó sueltos críticos, lo cual da á entender que la dirección del periódico asume toda la responsabilidad de los bombos.

Se traducirán del francés muchos cuentos *sin conocerse*, apesar de las traiciones del galicismo.

Se representarán dramas y comedias de autores noveles, que sobre pretender un empleo y pretender la gloria, se deciden por lo último, por ahora, y sin perjuicio. Los acreditados A. B., C. D. y X. Z., y los ilustres *Cu espectador*, *Uno de tantos*, *Ei acomodador*, etc., etc., discutirán en los periódicos el mérito intrínseco y extrínseco de los dramas y comedias estrenados, y dilucidarán, quión con grave estilo, quión mediante chanzonetas y retruécanos equívocos y paranomasias, según el temperamento de cada cual; dilucidarán, digo, el serio y peliagudo problema de si es verosímil ó no: que la dama sea sobrina de su tío el barba, y si aquel conflicto debió acabar como acabó ó no.

Con este motivo, y aun sin él, se hablará del naturalismo y de si se puede ó no llevar á las tablas, y se le dirá al autor novel, en suma, que lo que es tener genio él le tiene, pero que el drama *no resulta* (y esta es la madre del cordero, *el resultado*), por culpa de Echegaray, que nos tiene emponzoñados á todos, y gracias que no envenene también las fuentes públicas, yéndose derecho al depósito del Lozoya á disolver allí romanticismo-prisico.

Como se levantan los cipreses sobre los hisopos, se levantará Cañete (¡Cañete, tienes nombre de interjección prohibida!), se levantará Cañete (*cupressus*) sobre los críticos anónimos é iniciales (*viburnum*), resumiendo el debate y dando sentencia firme que cause estado y haga jurisprudencia, por aquello de *autoritas rerum perpetuo similiter iudicaturum* (autoridad de las cosas juzgadas perpetuamente del mismo modo).

Señores lectores romanticistas, dispensen ustedes, pero á Cañete hay que hablarle en latín.

Como Cañete no tiene buena salud (y esto lo deploro de todo corazón), y como sobre cualquier cosa—ó si no le gusta que se diga sobre, como no le gustaba á Baralt, que habría acabado por entregar el idioma español á los franceses—acerca de, ó simplemente de cualquier cosa, escribe columnas y columnas, resulta de todo esto (menos de los parentescos), que Cañete lleva la crítica de las comedias atrasada lo menos un siglo. Ahora anda él á vueltas con los sainetes estrenados hace muchos meses, y como habla de todo, y no deja pasar una rata ni un Pina sin su crítica correspondiente, dentro de poco el trabajo contemporáneo de D. Manuel se va á confundir con los *Orígenes del Teatro Español*, de Moratín.

La sincera y escrupulosa atención de D. Manuel en todo bicho dramático hablan en favor de su buena fe, pero tiene sus inconvenientes.

¿Cuántas veces habrá tenido Cañete que hablar de Pina Domínguez? ¿Qué de horóscopos le habrá levantado! (causa de algunos chichones críticos.)

Advierto aquí, antes que Pina se me incomode, que á mí me gustan sus comedias, lo mismo las que son suyas que las que no lo son. Me hacen reír, y esto me basta. Ahora, hablar de ellas es otra cosa.

Volviendo á D. Manuel.

¡Cuántas veces habrá dicho: ¡el Sr. Pina se pierde! ¡El señor Pina se salva! ¡El Sr. Pina sigue ó no sigue la tradición gloriosa de... etc., etc...!

No desespero el ver á Cañete allá por Diciembre de 1887 (1) escribiendo: «El gracioso disparate cómico-lírico-piro-técnico, en un acto y en verso, estrenado en Diciembre del año próximo pasado, ó sea de 1886, con motivo de celebrar con regocijos públicos la fiesta de la Natividad de Nuestro Señor, según costumbre añeja, y titulado (el disparate) *Sabañones al ojo del arriero*, no deja de estar inspirado en la más sana moral, eterna fuente de belleza perenne, y acusa en su autor un ingenio maleante y cazurro. ¡Lástima que el sabor eminentemente fisiológico, como ahora se dice, del rótulo ó título de la regocijada pieza trascienda á cocina naturalista, de cien leguas. A bien que no es extraño que la impresionable juventud se deje influir por el pernicioso prestigio de las obras de D. José Echegaray y de Emilio Zola, que representan en España y en Francia, respectivamente, el mal gusto dominante y la hedionda escuela, que pretende, aunque en vano, acabar para siempre con los eternos principios de lo bueno, lo bello y lo verdadero. Volviendo ahora á los *Sabañones al ojo*, etc., etc...»

Estas y otras muchas cosas espero ver en el año de 1887, pero ya indico más arriba que no me cogerán de susto.

Esta profecía literaria podría ser mucho más larga, pero, no sé si por influencias del *hipnotismo á distancia*, se me figura ver á Sinesio deteniéndose la pluma y diciéndome, como Dios al mar: ¡De ahí no pasarás!... No, no pasarás, por motivos que atañen al ajuste del Almanaque. Y, nada, *non plus ultra*, no paso.

Por lo demás, ya estaba en vena y dispuesto á profetizar males sin cuento, como una Casandra del sexo fuerte. Felices pascuas.

CLARÍN.

HIPOCRESÍA

Nadie te niega el título de hermosa; pero el amor se aleja de tu lado, temiendo que la sombra del pecado pueda manchar tu frente candorosa.

En ti se estrella la calumnia odiosa de amigo infiel ó de galán burlado; no pareces de carne; Dios te ha dado la majestad sagrada de una diosa.

Siempre serena, y arrogante, y fría, cualquiera al verte descender del coche de Penélope imagen te creería;

y más siendo verdad y no reproche que la virtud que tejes por el día, vuelves á destejerla por la noche.

MANUEL DEL PALACIO.

¡A VER MUNDO!

FRAGMENTO DE UN VIAJE BUFO-FANTÁSTICO AL REDEDOR DE LA TIERRA

MI DESPEDIA

¡Voy á partir! La vida me importuna con su triste y atroz monotonía, sin encontrar jamás cosa ninguna que aleje mi mortal melancolía. Quiero partir siguiendo á la fortuna que siempre me trató como una tía. Si cae en mi poder... vamos, la aplasto. ¡No sabe ella las pulgas que yo gasto!

Pero no es solo perseguir su huella el móvil que me arranca de mis lares, ni fuera yo tan necio que por ella arrostrara el peligro de los mares. Ni por otra más pródiga y mas bella iría yo del Tajo al Manzanares ni por todo el enjambre femenino andaría dos luegas de camino.

¡Es que me aburre soberanamente ver siempre el mismo sol, el mismo cielo,

el mismo campanario, el mismo puente, el mismo campo, el mismo riachuelo, el mismo corredor, la misma fuente, el mismo peregril, el mismo suelo, la misma cruz, la misma sembradura, el mismo sacristán y el mismo cura!

Quiero ver el aspecto de otras tierras y otros mundos y mares más lejanos; quiero escalar los picos de las sierras y subir á los cerros africanos; los campos quiero ver de aquellas guerras en que fueron tan brutos los humanos, y no dejar del mundo una pulgada sin que se vea por mis pies hollada.

De ese sol que nos da luz y deleite quiero saber quien es, cuando nos deja, el que en el otro mundo le echa aceite y limpia reverbero y candileja; pues él todos los días, sin afeite, con moribunda luz de aquí se aleja y por Oriente sale al otro día como arreglado en la lampistería.

A recorrer el mundo, pues, me lanzo ganoso de estudiar tales misterios, que si al fin comprenderlos yo no alcanzo, será que estos asuntos son muy serios. Nuevo Colón en busca de un garbanzo voy quizá á descubrir nuevos imperios. Si antes me abre la tumba el cruel destino, me ahorro las molestias del camino.

Me voy de España, sí; como poeta título honroso al que me da derecho el no saber lo que es una peseta, de lo cual estoy ya muy satisfecho, es á mi vida el suelo en que vegeta, calabozo recóndito y estrecho, donde á decir verdad ya estoy rendido de otr jaleo y de comer cocido!

De las regiones quiero americanas recorrer las salvajes cordilleras, do el armonioso canto de las ranas dulcifica el instinto de las fieras, donde á los hombres curan de tercianas con sus dientes los tigres y panteras, haciéndoles la autopsia sin lavarlos, mejor que en el Colegio de San Carlos.

Ambiciono cruzar el gran desierto del ígneo sol tostado por la lumbre, por donde el musulmán camina incierto sin encontrar jamás árbol ni cumbre; y quiero ver la tumba del *mar muerto* para echarle el reponso de costumbre y enterarme además punto por punto, de la edad y la historia del difunto.

De ver la pintoresca tierra indiana siento asimismo fervidos antojos, y penetrar do nunca planta humana dejó huella en los vírgenes rastros; de la puerta que llaman *otomano* quiero admirar los célebres cerrojos, y el *pelo* visitar do el frío aprieta para ver si es mejor que los de Arrieta.

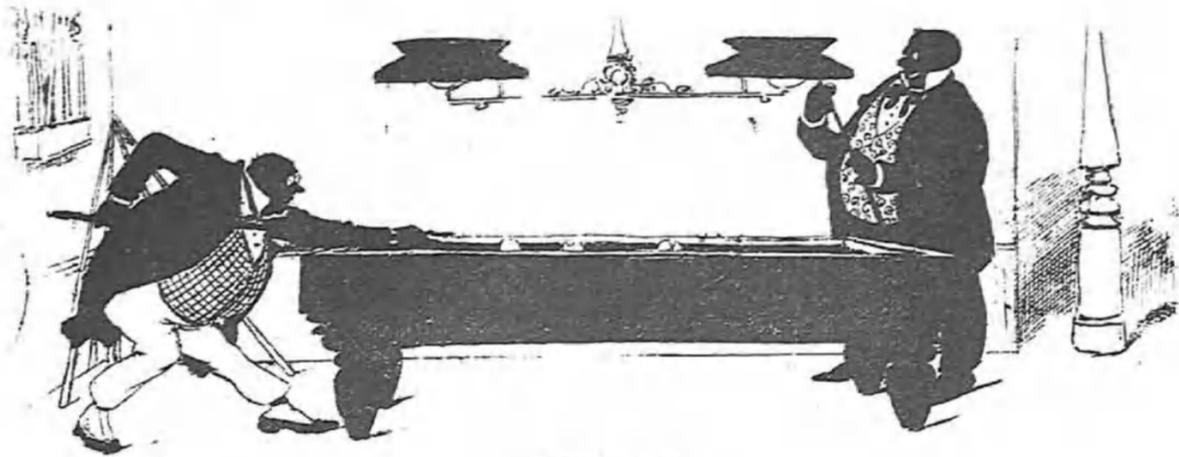
Contra mi alma sedienta de emociones despliega la razón su persuasiva; una me ofrece dulces sensaciones y de placeres bella perspectiva; me hace otra recordar los tiburones que se suelen comer la gente viva, y ante este endemniado compromiso, me tiene usted, lector, algo indeciso.

Al cabo la razón el campo cede y el espíritu alcanza la victoria, que un poeta español temblar no puede sin que tirar merezca de una noria. ¡Nunca ante los peligros retrocede quien sueña con el templo de la gloria! ¡Nunca del viaje á la mitad se queda quien más allá viciumbra una moneda!

Pero, ¡ay mi Dios! ¡Por qué en este momento tiembla mi corazón, arde mi frente, y un sombrío y fatal presentimiento me deja patético de repente! ¡De una mujer el puro sentimiento quizá voy á perder eternamente,

(1) Perdónen VV. el sonar de la culpa no es mía, sino del año nuevo, que es cosa común de ilustre crítico profético pluuquamperfecto.

TERTULA Y BILLAR



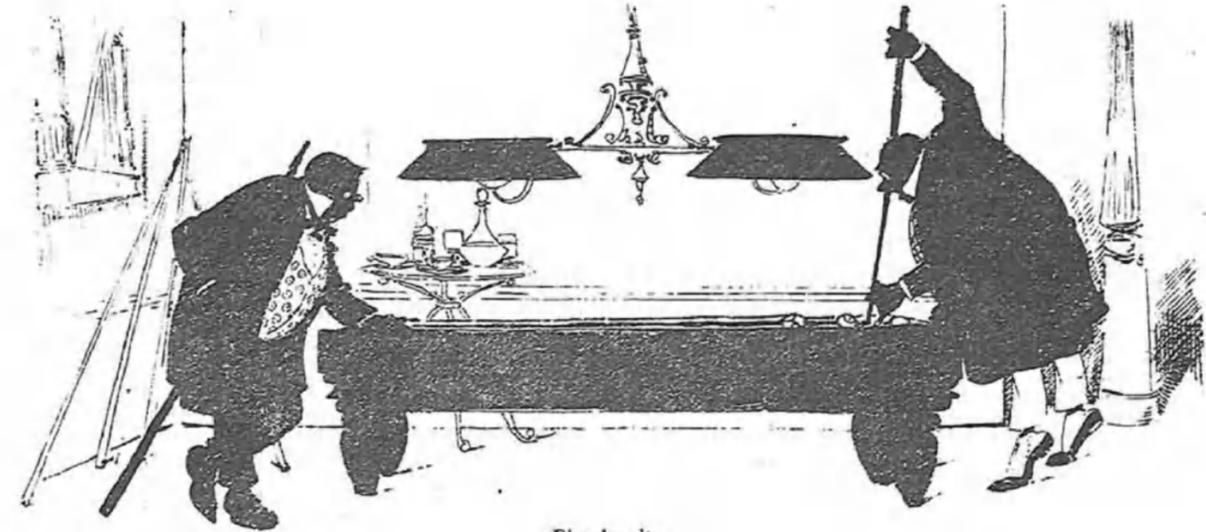
De bola á bola.



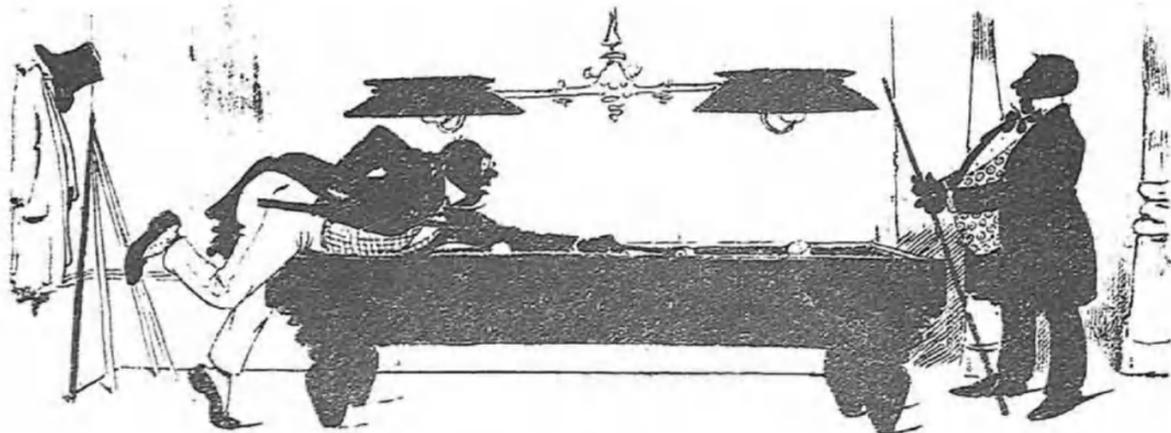
A lo cadete.



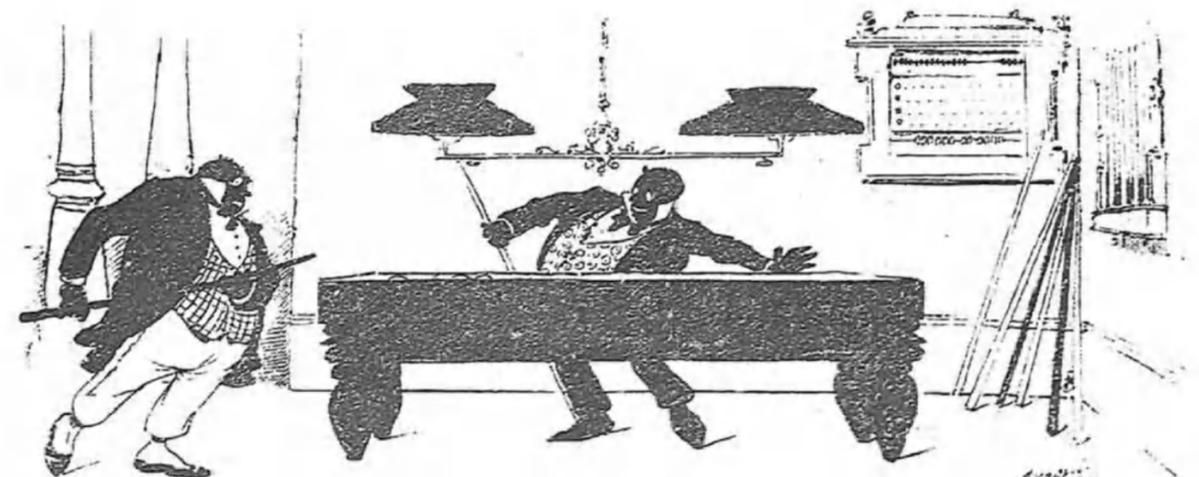
¡Temple!



Picado alto.



Recodo.



¡Se fué por un pelo!

y esta terrible y pensadora idea
me ha dejado más seco que una obitua

La llevo, sin embargo, en la memoria
con inspebles letras esculpida.
¡Voy a partir! Adiós, pobre Gregoria,
luz de mis ojos, faro de mi vida.
¡Si eyes enter ti, un sufrago la historia,
ya que en la tierra basta el amor se obitua,
reprime tu dolor y tus lamentos
comitendote una lata de pimienta!

¡Adiós, patria del lechito Cervantes
y de tantos varones eminentes,
patria, cuyas banderas arrogantes
dieron sombra á lejanos continentes!
A países del tuyo muy distantes
me llevan las atlánticas corrientes...
¡Adiós, patria infeliz como ninguna!
¡De ti me ausento por correr la tuna!

JOSÉ ESTRADA.

CARTA ABIERTA

Queridísimo Ramón:
¿Qué es lo que haces?.. Abusar
de mi consideración...
¡Hombre, pedirme opinión
sobre si te has de casar!
¿Qué sé yo? Grave es la empresa,
y exige maduro examen,
si ha de salir tu honra ileso...
Pero nada, ¿te interesa?
Pues bien; váya mi dictamen:

Tienes treinta y tres cumplidos,
y te cansan los placeres,
y, al buscar los prohibidos,
enteras á los maridos
primero que á las mujeres.
Te expone esto á mil pesares
y temes por tu esternón
y otros huesos similares...
Para huir de estos azares,
cásate pronto, Ramón.

Pero una vez decidido,
obra con mucho cuidado,
y seguro y convencido
de que harás tan buen marido
como los que has tropezado.
Abre el ojo y haz tu juego,
y estudia mucho las frases
que atentan á tu sosiego...
Si has de ser miope ó ciego,
no te cases, no te cases.

Quieres no estar siempre en vilo
con una patrona fiera
que te haga sudar el quilo,
y buscas hogar tranquilo
y en él dulce compañera.
Sólo un sandío ó un beodo
te negará la razón,
porque en la vida eso es todo,
y el que opina de ese modo,
debe casarse, Ramón.

Pero vive muy alerta
y ve quien te hace cautivo,
que el que al escoger no acierta,
busca un mosquito muerto,
y encuentra un cinife vivo.
Y como en eso está el hueso,
y en elegir al azar
se equivoca el de más asno,
para no exponerte á eso
no te debes de casar.

Que el que te sirve te sienta,
y que, entre otras desazones,
nunca, al vestirte de prisa,
encuentras una camisa
con ojales y botones.
Que temes llegar á viejo
sin verte en algún mamón
lo mismo que en un espejo...
Pues bien; sigue mi consejo:
cásate pronto, Ramón.

Ya verás por dónde sales
y como te desesperas,
porque hay suegras infernales,
y amas de cría brutales,
y caseros como fieras.
Renegarás de tu suerte,
que hoy estás rico, muy rico,
y quizás pobre has de verte...
¡Sé fuerte, Ramón, sé fuerte!
¡No te cases jamás, chico!

Pero no... ¿qué estoy diciendo?
Ni combato el matrimonio,
ni tampoco le defiendo...
Pero ¡vaya un lío hurriendo!
No le deshace el demonio.
Mi amistad enternecida
pretendió, oronda y ufana,
darte la opinión pedida,
y, al fin... Ramón de mi vida,
¡haz lo que te dé la gana!

EUSEBIO SIERRA.

¡ESTOS DIAS!!

Yo quisiera que V. se convenciera, Sr. D. Sinesio, de que
estos días son los menos apropiados para que yo le escriba
á V. artículos con destino al MADRID COMICO, que es periódico
que quiero como á las niñas de mis ojos.

Y sobre todo artículos cómicos.

¡Bueno estoy yo para comiquerías estos días!

Antes era otra cosa.

Cuando llegaba esta época del año, cuando empezaban los
comerciantes á disponer los escaparates de sus tiendas y re-
corrian las calles en actitud pacífica las manifestaciones de
pavos, protestando con el ¡pau! ¡pau! ¡pau! de la degollina
que les esperaba; antes, repito, todos esos preparativos inun-
daban de regocijo mi pecho, y me relamía por anticipado con
las golosinas de que ya iban haciendo acopio en mi casa.

El destemplado reloble de los tambores que los chicos to-
caban por las calles sonaba en mi oído como la alegre música

que en los pueblos anuncia la festividad del santo patrono.

Yo era entonces de los que formaban corro embobados en-
cerrando en estrecho círculo los ciegos que entonaban la in-
sulsa copia que comienza:

La señora Longuiza
se quiere casar mañana...

¿Pasar el primer día de Pascua sin que fuera á regocijarme
con las gracias de *Chicotón en la Selva Encantada*, obra que
por entonces escribió el que más tarde debía morir casi en
mis brazos, el buen Roberto Robert? Era imposible.

¿Dejar de dar una ó dos vueltas por la Plaza Mayor, lle-
nándome los boreguiles de barro negruzco, la cabeza de gritos
destemplados, y regocijando la vista con el espectáculo de
los variados puestos de frutas, mazapanes y santos de toco
barro? ¡Imposible también!

Hoy, amigo mío, todo eso me aburre y los días del año que
paso con más disgusto son los que se cuentan entre el 20 de
Diciembre y el de la festividad de los Santos Reyes.

Todo me parece hoy sombrío y triste.

El acento del pavo me suena á lastimera queja; su carne
no halaga ya mi paladar; los chistes y anécdotas que acerca
del pavo corren estos días por los periódicos me parecen in-
sulsos, como yo; gastados, como yo lo voy estando; añejos,
como yo lo voy siendo.

El ruido del tambor me atolondra, y desde mediados de Di-
ciembre no salen de mi boca sino imprecaciones contra los
inocentes que se pasan el día y gran parte de la noche ba-
tiendo el parche sin sustancia, ni objeto, ni resultado alguno.

Para mayor martirio, hay en mi casa, entre otros, un ange-
lito al que parece que sus padres destinan á tambor militar.
Desde el 1.º de Diciembre, en que comenzó la tarea, aún no
ha concluido de redoblar, ni tiene trazas de ello. Se le rompe
un tambor y le compran otro; que mes sin ver el Fleuri ni el
Astete! ¡Un mes redoblando sin cesar!

Eso sí; los padres no pueden tolerarle en casa y le echan
á la escalera, para que se reparta el martirio entre todos los
vecinos.

No menos repugnancia me inspira lo mismo que otros ven
con ojos saltones, los escaparates de las tiendas. Aquellas
cajas de mazapán me parecen lo que realmente son; demos-
traciones de un arte cursilón y chavacano las compotas, los
frasquetes de licor dulzón medicinas para contraer gastral-
gias, los turriones conglomerados groseros.

Aún recuerdo lo que yo disfrutaba la Noche Buena que
podía sacar mi estómago á salvo de un cólico. Aquellos pan-
deretazos, aquellos chirridos del almirez, aquellos gritos de
un pueblo que se divierte y de una clase social que se desbor-
da, tenían para mí cierto encanto, y más si la noche estaba
húmeda ó amenazando nieve.

Hoy sólo me inspiran asco los borrachos que pasan á mi
lado vomitando obscenidades ó provocando al transeunte.

¿Qué noche tan triste para mí la de la última Noche Bue-
na! Me di á correr por esas calles, y el ruido del almirez me
perseguía; los establecimientos estaban, en su mayor parte,
cerrados, por temor á los excesos de las hordas, que celebran
destrozando cuanto encuentran el nacimiento del que murió
en un madero por hacer hombres á los que sólo eran cosas.
Por las calles sólo transitaban, aparte de los susodichos, tal
cual estudiante pobre, que había huido de su patrona y cor-
ría á refugiarse en el paraíso de algún teatro por horas. Al
teatro fui yo también, pero hasta allí me persiguió la nos-
talgia.

Me daba pena ver á los actores esforzarse en hacer reír á
los que, ahitos ya de besugos y castañas ó turrón, habían
acudido á pedir por una peseta que los divirtieran.

Y así, poco más ó menos, trascurra para mí esta época.

Llega el primero de año, y me acuerdo de aquellos días en
que era cosa indispensable estrenar traje, rizarse el pelo; hoy
cualquier ropa me parece buena, y en cuanto al pelo, gracias
á que peinándome hacia adelante pueda encubrir la calva
que ya asoma y me ajenaza.

Ayer decía: «año nuevo, vida nueva», y mi ilusión me hacía
concebir esperanzas para el año entrante.

Hoy el día 31 de Diciembre líquido y me encuentro con
ilusiones perdidas, con alguna arruga más, con algún amigo
menos, y lo que es peor, con el recuerdo de lo pasado, que
me persigue.

Pues bien, Sr. D. Sinesio; ¿qué quiere V. que escriba en
estos días, en que parece que ando por el mundo con ante-
ojos ahumados, y parece que llevo los tales anteojos puestos,
no sólo ante mi vista material, sino ante mi vista intelectual?

Hubiérame V. encargado el trabajo unos días antes, y qui-
zás hubiera arrancado á mi pluma alguna carcajada burlona.

Perdóneme V., pues, y deje para otro día el honrarme con poner mi firma entre la de mis queridos compañeros del MADRID COMICO.

(O como dice el pobre del cuento: «Otro día será ¿No es verdad, caballero?»

M. MATOSKS.

SÁFICOS

Ángel divino del Eón lejano,
gentil fantasma de mis dulces sueños,
vibrante aroma de la flor más pura,
bella Gervasia.

Si oyes un canto misterioso y triste
cuando la noche en el espacio reina,
deja tu lecho de multidas plumas,
ponte el refajo.

Quiero decirte lo que el alma siente,
quiero contarte mi dolor profundo,
no me desdées y mis quejas oye
por la gatera.

JOSÉ ESTREMEZA.

LAS CASILLAS DEL PADRÓN

—Robustiana.

—Suspende tu ocupación
y ven, que te necesito
para llenar el padrón.
—Aquí estoy. ¿Qué manda usted?
—Dime cuál es tu apellido
paterno.

—Yo no lo sé.
¡Eso nunca lo he sabido!
No tengo yo en este mundo
más padre que el Padre Eterno.
—¿Y tu apellido segundo?
Dime cuál es.

—El materno.
—Vamos, no son conocidos.
Pues dejemos la cuestión
y queden los apellidos
para mejor ocasión.

«Naturalista»
—Robusta.
Bien formada, muy valiente
y con un brazo que gusta,
mejorando lo presente.

—Ya lo supongo, mujer;
pero no me has entendido.
Aquí tengo que poner
el punto donde has nacido.

—Nací en *ed* de la *ta* Irene
por accidente casual,
en una alcoba que tiene
dos ventanas al corral.

—No gastes tanta saliva
y dime en qué pueblo fué.
—En Villacates de Arriba
pa servir á Dios y á usted.

—¿De qué provincia?

—No puedo
decirlo así, de memoria.
Me parece que es de Oviedo;

pero no sé si es de Soria.

—¿De nada así de segura.
—Eso es nombre los confundo.
Si era yo una criatura
cuando me echaron al mundo!

—¿Estabas... ¿soltera?
—Sí.
Mas quisiera que hoy por hoy
no pusiera usted ahí
el estado en que yo estoy.

—«Profesión». Esto es bien llano.
Cocinera.
—Me parece.
Pero ponga que echo mano
á todo lo que se ofrece.

—Bueno. Vamos á seguir.
—¿Sabes leer? Por favor
dilo pronto.
—Se escribir;
pero leer no, señor.

—«Edad»
—¿También hay capricho
por saberlo? Edad temprana.
—¿Cuándo naciste?

—Me han dicho
que un Jueves por la mañana
—¿Qué año fué?

—Ya lo olvidé.
—Dilo, que no lo propalo.
—No me acuerdo, sólo sé
que hacía un tiempo muy malo.

—Pues lo que es de esa manera
queda el padrón sin llenar.
—No; ponga usted lo que quiera,
que yo no me he de enfadar.
—Bien, lo haré. Pero renuncio
á repetir la función;
y otra vez, que llene el Nuncio
las casillas del padrón.

JUAN PÉREZ ZÓRIGA.

¡MALDITA BOCA!

Por ti con porfia loca
tanto el trabajo prodigo
¡Oh, boca, yo te maldigo,
pero con toda mi boca!

¡Tu ansia de dolor me llena,
boca de sierna ambición!
Si eres al cabo un *busón*,
no puedes ser cosa buena!

Hondo y oscuro agujero,
no te satisface nada.
¡Eres la funesta entrada
del *tánel* del tragadero!

Pero al darle paso al *trén*
mal tus vías se vigilan,
porque á veces *desarróllan*
las mercancías también.

Das con tu crédito al traste,
pues, del buen *servicio* en mengua,

tu *guarda aguja* es la lengua...
¡Vaya un guarda que te echaste!
Cuando enseñando el colmito
un bostezo da el alerta,

para cerrarle la puerta
siempre hay que abrir el bolsillo
Del hambre triste clamor
no sabes disimular,

y opinas que en el tragar
cuanto más bueno, mejor.
A no ser tan melindrosa
y exigente en demasía
uno se la llenaría
á veces con cualquier cosa.

¡Pero, inútil pretensión!
¡Hay bocas muy indiscretas!...
¡La mía quiere chuletas,
y perdices, y jamón!

De la audacia llega al colmo
y aumentan mis agonías.

¡Pediros esas *galletitas*
es pedir peras al olmo!
Yo, á fuerza de gran trabajo
y mirando por la vida,

le daré cuanto me pida...
de pastas para alajo.
¡Pero jamón y chuletas!
¿No sabes, boca cruel,

que no se ha hecho la miel
para boca de poeta?
¿Á más de un toseco chapuz
no me obligas cuando escribo?..

¿Cuántas obras no concibo,
y cuántas no doy á luz?
¿Aún pretendes más de mí...
¡No te contmueve mi pena!..
¿No ves que estoy en la escena
siempre *de parte* por tí?

¿No ves que á veces viñero
la más bella de las artes,

y que escribo en todas partes
en donde me dan dinero?
No por holgarán me tomes,
cuando todo te lo cobras.

¡Pon en música mis obras,
que mientras vantas no comes!
No me hagas hacer el bu;
deja de tragar un poco,

que me vas á volver loco
entre el estómago y tú.
No me aturda con clamores
porque el trato no es mejor,

¡que aún hay quien come peor
en el ramo de escritores!
Sin tí, la fortuna loca
iría siempre conmigo.
¡Oh boca, yo te maldigo,
pero con toda mi boca!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

LOS PERSEVERANTES

Son unos seres que viven consagrados á la persecución de un ideal cualquiera.

La perseverancia nace con el hombre, y no hay medio de sustraerse á su poderoso influjo.

El perseverante llega á Madrid sin dinero, sin posición y sin ropa, y á la vuelta de un par de años resulta diputado provincial, ó administrador de fincas rústicas y urbanas, ó escribano de número, ó teniente alcalde.

Sus primeros trabajos los realiza en la casa de huéspedes.
—¿Cuánto me va V. á llevar por el pupillaje?—pregunta á la patrona.

—Pagará V. diez reales, y la ropa por separado.
—D.^a Ascensión, ¿qué está V. diciendo? ¿Diez reales? ¿Cree usted que soy algún vista de aduanas procedente de Cuba?

—Los comestibles están por las nubes. No compra V. un conejo, aunque haya fallecido de muerte natural, por menos de dos reales y medio.
—Yo como poco.

—Menos come un juez que tengo en el gabinete, que deja intacta la salsa de las albondiguillas, y sin embargo, me da tres pesetas y el vino aparte.

No por eso se desilusiona el perseverante, y después de recorrer seis ó siete casas de huéspedes en busca de mayores ventajas, reemprende sus gestiones cerca de D.^a Ascensión, á quien saluda todas las mañanas en estos términos:
—Vaya, póngase V. en razón. ¿Me quedo por las dos pesetas, incluyendo la ropa blanca? ¿Sí ó no?

La buena señora tiene que acceder al fin y al cabo, y nuestro hombre se mete en la casa diciendo para sí:

—No hay como ser consecuente y saber brujuleárselas. Si el hombre tuviese bastante perseverancia, llegaría á vivir de balde en las casas de huéspedes, y aún podría sacarle una subvención á las patronas.

El hombre perseverante no entra en un café como entran los demás mortales, para pasar el rato, ni va á paseo con el propósito de hacer ejercicio, ni acude á los teatros para ver la función: él va á todas partes en busca de algo que necesita, y no cesa hasta encontrarlo.

Se propone, por ejemplo, celebrar una conferencia con un Ministro para ver si le saca una credencial, ó un estanco, ó un billete de 100 pesetas. Pues ya le ha caído la lotería al alto funcionario.

—¿Está visible D. Fulanito?
—No, señor; acaba de encerrarse con una señora.
—¿Caramba!
—No vaya V. á creer nada malo. Es una señora que tiene un plan de Hacienda, y se lo viene á dar.

—Bueno; y diga V., ¿cuándo podría ver al Ministro?
—Recibe el lunes, á eso de las nueve.
—Tengo que verle antes... Vaya, abur.

El perseverante acude dos veces al día al domicilio del Ministro, pero sus esfuerzos resultan estériles. Entonces se decide á pararle en la calle, y le espera horas y horas á las puertas del Congreso.

—Excelentísimo señor—le dice.—Yo soy Angélez, con la carrera de perito agrónomo concluída y con una cruz de Isabel la Católica sencilla, que me dieron en premio de mi constancia.

—Bueno, y ¿qué?
—He venido á Madrid confiando en la amabilidad de V. E.,

EL CORAZON DE LAS CHICAS



¡Oh, jóvenes amables
que en vuestros tiernos años
á ciertos corazones
dirigís el asalto

tened presente siempre
que igual que en este caso
habéis de entrar orondos
y habéis de salir lacios!

APUNTES

Se marchó hace quince días
y no me escribe el infiel;
¡también se fueron con él
ilusiones y alegrías!

Le desprecio y le maldigo...
y me moriré soltera.
Después de aquello... ¡cualquiera
se atreve á cargar conmigo!



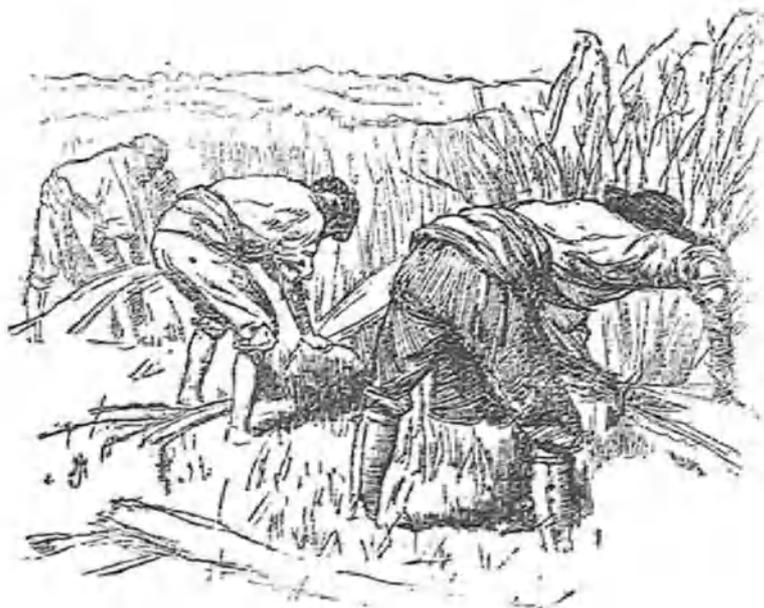
Aunque él no quiera, le doy
esta tarde el pañolito,
para que vea Benito
lo enamorada que estoy.

Si luego acabamos mal
se lo traspaso á Vicente,
ya que, afortunadamente,
tiene la misma inicial.

Bajo un sol de Barrabás
que las espaldas les quema,
¡con qué calma y con qué flema
van haciendo rás, rís, rás!

Dios nos da penas iguales
á las almas pecadoras,
¡y menos mal que en quince horas
se ganan catorce reales!

Aunque es tan triste su estado,
¡lo que es la humana perfidia!
aún hay quien les tiene envidia:
los del alcantarillado!



á quien respeto. Yo he sido el que denosté públicamente á los sublevados del 19 de Setiembre en el café de San Antonio, y por poco me tira un panecillo á la cabeza un parroquiano progresista.

El Ministro no tiene en cuenta todos estos merecimientos, y le despacha con media docena de disculpas: pero Angulez ha formado su propósito, y desde aquel día acude al Ministerio, á las Cortes, al teatro, á todos aquellos sitios donde espera encontrar á su salvador para decirle respetuosamente:

—Señor, soy Angulez, el perito agrónomo, con la cruz de Isabel la Católica sencilla...

Cuando han pasado veinticuatro horas sin tener el gusto de echarle al Ministro la vista encima, Angulez le dirige cartas respetuosas suplicándole que no le olvide, porque su situación es ya insostenible y está expuesto á que le eche la patrona, etc.

Angulez en la portería del Ministerio:

—Buenas noches.

El portero, con mal humor.—Felices.

Angulez.—¿Está V. malo, señor de Rodríguez?

—No.

—Creía... ¡Caramba! ¿Qué á gusto se está aquí! ¡Buen braseo tienen VV...! ¿El Sr. Ministro no habrá venido, eh?

—No.

—Pero, yo supongo que vendrá... ¿Quiere V. un cigarrito, señor de Rodríguez?... ¿Viene todas las noches?

—Algunas.

—Parece que no, pero un Ministro tiene bastante que hacer... Es muy buena persona... Y dice V. que viene casi todas las noches, ¿verdad?

Y Angulez, á fuerza de cumplidos, consigue que los porteros le consideren ya como de la casa, merced á lo cual no entra una sola vez al Ministerio sin que él le vea y le hable, hasta que, para quitársele de encima, le da una colocación, no sin decirle con acento mal humorado.

—¡Tome V., Angulez, tome V., y permita Dios que le salga un divieso en la lengua!

Hay perseverantes á docenas.

A esta clase pertenecen los que coleccionan sellos de franqueo; los que construyen casitas de cartón, y los que se dedican á la cría de canarios.

Los perseverantes consiguen todo cuanto se proponen: entran en los teatros sin pagar el billete, obtienen autorizaciones para viajar gratis, y asisten á todas las funciones que da el Gobierno cuando se casa un Soberano, ó se muere un personaje, ó coronan á un genio ministerial.

Para ello tienen necesidad de hacer uso de su actividad prodigiosa, y van, vienen, molestan, bullen, solicitan y aburren á todo el género humano.

Basta decirles:

—¿Sabe V. que se proyecta una corrida de toros á puertas cerradas, en que pondrán banderillas los Ministros del Tribunal de Cuentas?

—¿Qué me cuenta V.?—contesta el perseverante.

Y no haya temor de qué se quede sin billete, porque en último término, se presentará en casa del director de la lidia, y le dirá con los mejores modos del mundo:

—Venía á ver si podía concederme V. un billete para la corrida burocrática del lunes.

—No puede ser.

—Entonces solicito una plaza de mono sabio.

—Todas están repartidas.

—Entonces una de mulillero.

—No hay ninguna.

—Pues entonces permitame V. que salga en clase de caballo. Yo no me quedo sin ver la corrida; porque á perseverante me ganan pocos.

LUIS TABOADA.

MENUDENCIAS

No me digas ternezas,
niña serrana,
que no cobro hasta el treinta
por la mañana.

—Guardias! ¡Auxilio! ¡Favor!
—¿Qué ocurrió?

—¿Que quiere entrar
en mi casa un editor!

Siempre que cojas la pluma,
literato singular,

quítate los calcetines,
que se te pueden manchar.

—¿Un tendero con guantes
de tres botones?
¡Buenas tendrá las manos
de sabañones!

—Estando anoche en la cama
desperté sobresaltado,
porque soñé que los sastres
ya no hacían ropa á plazos.

El hombre más sufrido es el *siacán*.
¿No es cierto, Encarnación?

Al vería muerta lloré,
sin poderlo remediar,
y me dijo mi conciencia:
¡Por qué lloras, animal!

—Anda diciendo Luis.

—¿Te incomodas conmigo porque digo
que la amistad es guasa?
Pues píde cinco duros á un amigo,
verás lo que te pasa.

Ya sé, Pedro, que el domingo
vas á casa de venados.
Cuidado con la escopeta,
no te des algún balazo.

—la chalequera,
que le ha hecho un feo, el hijo
de mi portera.
Pero yo creo,
que si no es muy bonito
tampoco es feo

—¿No sabes que Mari-Pepa,
la libertina se casa?

—¿Con quién?
—Con un erudito.
—¿Le sienta? ¡Pobre muchacha!

Te escuecen las mejillas, y preguntas
que cómo has de curarte. Es muy sencillo.
Le dices á tu novio que se afeite,
y asunto concluido.

J. LÓPEZ SILVA.

UN CONSEJO

—¡Padre, aconsejeme usted
si es que me quiere agradar!
¿Qué hago? ¿Me debo casar
ó sigo soltero, ó qué?

Porque esta pasión que yo
siento germinar aquí,
me dice á veces que sí
y á veces dice que no.

—¡La ansiedad me desespera!
La duda me mortifica,
porque yo quiero á una chica...
¡qué chica! ¡si usted la viera!

Rubia, con unos ojos
brillantes como un lucero,
y una gracia y un salero
y una cara y unos brazos,
que, á confesar la verdad,
al ver tantas perfecciones
suejen darme tentaciones
de hacer una atrocidad.

Dígame usted por favor
qué es lo que yo debo hacer,
y si debo contener
los impulsos del amor,
porque al verme abandonado,
si al fin pierdo la cabeza,
quizás haga una torpeza
el día menos pensado.

—Hijo mío, ya que quieres
que te exponga una razón,
voy á darte mi opinión
con respecto á las mujeres.

Yo, que por tí me intereso,
voy á hablarte francamente.
¡No te cases, inocente!
¡Todo, todo menos eso!

Mira que es el matrimonio
un lazo que entre los dos
muchas veces lo ata Dios
para soltarlo el demonio.

Es un suplicio cruel.
Su luna de miel fascina,
y se ve cuando termina
que ni es luna, ni es de miel.

—¿Pero usted no há comprendido
que soy su único heredero,
y que si sigo soltero
va á extinguirse el apellido?

—¿Y por qué?
—Eso es evidente.
—No hay razón.

—¿No la há de haber?

Padre, yo quiero tener,
como usted, un descendiente.
Ya verá usted qué consuelo
y qué inefable alegría
sentirá usted, si algún día
oye que le llama abuelo.

—¿Conque me caso?
—¡No tal!
¡Lo digo por tu interés!

—¿Y el apellido?
—¡Eso es
harina de otro costal!

FIACRO IRÁYZOZ.

INTERIODIDADES

(QUE PUEDEN USTEDES PASAR POR ALTO)

—Os voy á hablar del yo (Dios me perdone),
que os importa un comino, de seguro,
¡pero es que el yo se impone
cuando el hombre se encuentra en un apuro!

Ya sé que abuso un poco, y aun bastante,
que soy algo egoísta, ¡demasiado!
pero es debilidad... Soy desgraciado,
y no he visto desgracia semejante.

Comprenderéis mi pena, mi agonía,
cuando en secreto os cuente
que paso por chiquillo eternamente,
¡y no he sido chiquillo todavía!

Pasé la juventud, la primavera,
la edad de los amores,
trabajando con fe pura y sincera,
en busca de garbanzos, no de flores.

Y cuando la fortuna
me depara un descanso... relativo,
en vano me desvivo
en busca de una flor, ¡no hallo ninguna!

El amor, según dicen, es la vida...
Pues bien; me toca ser tan desdichado,

que en el alma dormida
el germen del amor se me ha secado,
y aunque no se secara, ¡vive Cristo
que lo mismo me diera,
puesto que ya está visto
que no encontré una chica que me quiera!
Tal vez no se agrada. No cabe duda;
que es preciso luchar con las mujeres,
y yo, educado en la batalla ruda,
no aprendí a pelear con alfileres;
pero ¡ay! en este juego,
como pasan los años tan de prisa,
voy á morirte sin tomar apego...
¡qué apego he de tomar! ni á la camisa!
No es que sea exigente,
ni que pida, como otros, por capricho
fidelidad eterna, amor ardiente,
cariso de verdad que nadie siente,
y ellas no pueden dar, según me han dicho.
No; yo no soy tan loco
que obedezca á la mente acalorada;
me doy por satisfecho con muy poco...
¡como que estoy acostumbrado á nada!
Pues ni aun así consigo
hallar una infeliz que se decida
á compartir conmigo
las penas y placeres de la vida.
Y la llamo infeliz, aunque me adore
y yo la adore a ella como un tonto,
porque no hay mujer propia que en amore,
y estoy seguro de casarme pronto.)

SINESIO DELGADO.

LA CLAQUE FUTURA

(NUEVO INVENTO)

¡Oh! la industria...
Ante sus múltiples y diarios progresos, la incredulidad debe bajar avergonzada la cabeza. Ella interviene en todo, todo lo avasalla, todo lo modifica y lo mejora; el mundo entero quedará dentro de poco reducido á la categoría de un campo experimental de la industria.

Cantar sus glorias, aquilatar sus merecimientos, enumerar sus resultados, empresa es superior á la inteligencia del hombre hasta tanto que la misma industria no añada algún tornillo al cerebro para que pueda discurrir mejor.

El nuevo invento no será muy del agrado del benemérito cuerpo de alabarderos de nuestros teatros, por privarle de su medio de existencia (pero es innegable que facilita, determina y afianza los éxitos, que evita enojosas cuestiones entre el público, y que proscriben en absoluto los fiascos.

No quiero privar al lector benévolo de la descripción del nuevo invento, conforme lo traen á mi noticia las columnas de un periódico digno de todo crédito.

Un empresario ha inventado un procedimiento por el que puede economizarse el gasto que produce la *claque*, colocando una mecánica debajo del suelo del patio. Cuatro piezas de martillos colocados á determinada distancia los unos de los otros, sirven, puestos en movimiento, para imitar los golpes de paraguas y bastones en el suelo, mientras que unas grandes castañuelas forradas de pergamino y que chocan entre sí por medio de un resorte, reemplazan admirablemente al aplauso con las manos. El aparato comunica por medio de cuerdas y alambres con el gabinete del empresario, donde son estas puestas en movimiento por unas palancas arregladas como las teclas de un piano. El ruido penetra en el patio por agujeros practicados debajo de las localidades. Después de algún pasaje conmovedor en la escena, el inventor pone la máquina en movimiento, excitando así el entusiasmo del público, ó supliéndole cuando semejante entusiasmo no exista.

Este es el invento aún embrionario; la manifestación primera de sus ventajas; después llegarán las modificaciones y los perfeccionamientos. Por ejemplo, el empresario adquiriría con el manejo del aparato una obligación sobre manera enojosa y que le impediría otras ocupaciones más productivas. El aparato debe estar en relación, no con aquel industrial, sino con los primeros actores que estén en escena, pues nadie mejor que ellos pueden hacerlo funcionar en los momentos oportunos. Si para la temporada próxima el aparato llega á Madrid, nadie mejor que Vico podría estrenarlo cuando nos dé á conocer *El Conde Lotario de Echegaray*. Dirá el actor:

Para la guerra, los padres,
con trompetas y atambores;
y para nido de amores,
el regazo de las madres.

Y así que vea que la emoción de los espectadores les impide romper en un aplauso, tocará con disimulo un botoncito y las castañuelas forradas de pergamino producirán un ruido de todos los diablos.

El actor se inclinará agradecido ante el público y seguirá diciendo:

.... El pequeñuelo, por fin,
rompió á llorar en mis brazos.
Conque, al ver que me rechaza
por mi marcial atalaje,
arrancando el hebillaje
eché fuera la coraza.
Hice del pecho almohadón,
recogí su cuerpo helado,
y entonces el muy taimado
se me agarró al corazón.

Aquí ya no esperará la sanción del auditorio, sino que él, á su vez, se agarrará á todos los botones, y los juegos de martillos unirán su golpeteo á los chasquidos de las castañuelas; tratará de seguir hablando el actor, pero otra y otras tormentas de aplausos interrumpirán la escena mientras que las actrices del teatro llenan de flores el palco escénico y los dependientes preparan las antorchas para acompañar hasta sus casas respectivas al gran dramático y á su insigne intérprete.

Yo conozco un pobre diablo que, dotado de grandes condiciones para la mecánica, erró la vocación y se consagró á escribir comedias, que siempre fracasan en la noche de estreno. Ayer, al visitarle en su casa, le encontré preparando una especie de bocina con una cubierta de muy útil tela de goma y un teclado especial sobre una caja de madera en que aquélla se aseguraba.

—Veo con gusto—le dije—que renuncias á los triunfos de las letras por los de la mecánica.

—Error, amigo mío: esto es precisamente lo que ha de asegurar el éxito de mis producciones escénicas. El aparato acústico que ves, es un perfeccionamiento del fonógrafo; bastará que el apuntador oprima estas teclas para que el aparato rompa el silencio de la sala, repitiendo con entonación exigente: «¡El autor! ¡El autor!»

M. OSSÓRIO Y BERNARD.

TAL PARA CUAL

Carlota, pa que te enteres
de que soy un cabayero,
y que sé como el primero
distinguir á las mujeres,
sé que estás comprometida
otra vez con el Malea,
que no tiene una peseta
ni la ha tenido en su vida.
¿Que te ha sacado del oficio
para que vivas en paz,
y que es un hombre capaz
de hacer por tí un sacrificio?
¡Pero ven acá, mujer;
no seas prima enjamás!
¿Quién te ha arreado más trompás,
él u yo? ¡vamos á ver!...
¿Preferir á ese zaldán...
¿No te he yevao yo al café,
y hasta he premiado el que...
lo pagaras siempre tú?...
¿Lo aguanta dengún banquero...
dí, ni dengún señorito?
yo me achanto y lo premio
porque... ¡soy *mix* cabayero!...
.....
Te he querido por derecho
con la mejor intención,
porque tengo un corazón
que no me cabe en el pecho.
Y aunque hoy no me perteneces,
Carlota, en cualquier terreno
pudiera hacértelo bueno:
como te lo he hecho otras veces...
¿Me has tomado por un timbel?
¿Tengo fila de gayego?
¿Crees que soy tan burriciego
por si acaso como él?
¿No dejé, endeblemente,

á la *Detahayé* por tí?
Luego el que tú estés por mí,
¡me parece *mu* decente!...
Ya puedes comprarte el luto;
porque en cuanto yegues á veros,
¡le hago á él cincuenta bujeros
lo menos en un menúto!
¿No he sido yo consciente,
que es la cuestión principal,
y he estado en el hospital
por tu causa, mayormente?
¿Te he precuado un disgusto,
ni tan siquiera un agravio?
¿No me he hecho yo mono sabio
para darte por el gusto?
Me gastas ese orguyito
desde que te dije un día,
na más que por cortesía,
que eras la *houa* del destribo!
¡Dénme de presumir,
que se va á reír la gente,
y fijase en lo siguiente
pa que sepas distinguir:
¡soy más fuerte que Sansón;
más *español* que Gambeta,
y soy... hasta más profeta,
si se quiere, que Colón.
Aunque ahora tengo el gran pelo
porque me lo he ido dejando),
y he de hacerme torcando
más *ciédro* que el Frascuelo,
me avengo en esta ocasión,
si tú te das á razones,
á empulmar las rilaciones;
tuyo hasta el güeso,
Corrión.
(Por la copia)

EUSTAQUIO CARRERÓN.

PEDI-MENTO

Piedad, por piedad píe dad
á mi opúsculo: yo sé

que en la empresa osere
de píe, si píe dais, Piedad.

LOS TRASNOCHADORES



El Marqués de C. estuvo tan ocupado toda la noche en el Círculo, perdiendo algunos miles de pesetas...



que tuvo que encomendar á su buen amigo R. la delicada misión de acompañar á la Marquesa.

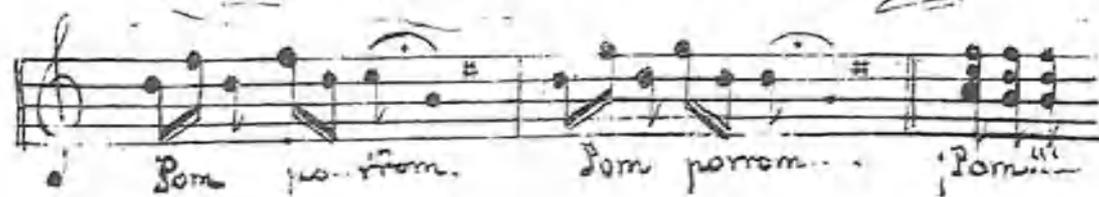


El Deos ha pasado la noche en la prevención por liarse á bofetadas con un sujeto que le quería birlar la parienta.



La cual parienta sale de madrugada de la Sanluqueña, en compañía del sujeto de las bofetadas, que, como es tan cabayero, no ha podido consentir que ande sola por esas calles.

EL PELOTON DE LA MURGA



Quizá, al pie de él, con fiereza,
llegue á lanzar este grito:
«Como con los pies escrito
no tiene pies ni cabeza.»

Mas, cerrado en mis cosillas
cual pie de muleto soy;
¡no vuelvo pies atrás hoy!
creédmele á pie juntillas.

Señora, me explicaré:
yo aqul vuestro amor demando,
yo de pie quebrado ando
desde que os he visto el pie.

¡Ay qué pie! Rápidamente
mi pie tras él de echar habe
¡y, viendo tal pie, á pie estuve
de perder el pie y la mente!

Hablar quise con vos sola,
toqué vuestro pie después...

¡Y se pegaron mis pies!

¡Y ya no di pie con bola!

¡Miedo yo que vencedor
paré los pies á cien mil!

.....
Porque soy guardia civil
de á pie; ¡si tendré valor!

Por ningún vicio me encervo
y, aunque á pie de los cincuenta,
tengo mi sal y pimienta
y en un buen pie me conservo.

Si una me quiso atrapar
puse pies en polvorosa,

porque, al elegir esposa,
con pies de plomo hay que andar.

No quiero en mi casa bulla,
y, á pie firme en el deber,
quiero que ande mi mujer
sobre un pie como la grulla.

Y, si su pie se desliza,
y busca tres pies al gato,
yo saco los pies del plato
y... ¡vaya un pie de paliza!

No; vos, bella entre las bellas,
de mi dicha el pie seréis,
y en virtud el pie echaréis
adelante á todas á todas ellas.

Piedad, seguid á pie llano,
consecuente con el nombre
y al darne el pie no os aumbré
que quiera tomar la mano.

Por vuestros pies yo ando ciego,
en vuestros pies yo me inspiro
mas ¡ay! á los pies me miro,
¡conozco que al pie no os llego!

¡Los pies me faltan! Me aterra
el que en mi amor no asumiáis,
si vos por el pie le dáis
¡caigo en siete pies de tierra!

Pero, si el desdén no troncha
su pie, nada hay que me inquiete;
besa vuestros pies

Juanite

(natural de Pie de Concha).

ANTONIO GARCÍA DE QUEVEDO.

A LOS PIES DE MI AGUADOR

(PARODIA DE AYALA)

Me parecen tus pies, cuando diviso
que mis pobres alfombras estropean,
dos cerdos que vomitan ocieques
en pavimento relumbrante y liso.

Quiso Luzbel, y mi desgracia quiso,
que causa eterna de mi encono sean:
en verano, me asfixian y marean;
en invierno, me enlodan todo el piso.

¡Oh pies aborrecidos! ¡Yo os imploro!
Y pues sabéis mover todo el palacio
que al rudo peso de las cubas gime,

de Galicia mirad por el decoro
ó habré de prescindir por largo espacio
de la estúpida carga que os oprime.

AMANTE LAFON.

¡USTED DIRÁ!

Con permiso. Escuche usted
y perdone mi intención.
Como afirma la opinión...
lo que yo nunca diré,
y rindo siempre tributo
á las mujeres hermosas
que tienen, entre otras cosas,
un marido tonto y bruto,
lleno de ira santa y justa,
por alivio á su tristeza
me permito la franqueza...
¡de decirle que me gusta!

¿Que es la confesión traidora?
¡No se apure usted por eso!
¡Ay!... ¡Lo que yo no confieso
es lo más grave, señora!

Ni tiene de extraño nada
ver que un hombre se permite
adorarla, y solicitar,
a pesar de ser casada,

la miseria que yo pido,
lo que cualquiera reparte...
el cariño que usted parte
con el bobo del marido,
que no puede merecer
que le llegue usted á adorar,
porque no sabe apreciar
el valor de su mujer.

¡Y qué mujer!... ¡Eso sí!
Dos ojos como dos soles...

en fin, ojos españoles,
que es lo bueno que hay aquí;
y un rostro como la cera,
y una boca en miniatura,
y una admirable cintura
que pone loco á cualquiera!

Ya ve usted si es ó no justo
que me explique de este modo,
y si nuestro, sobre todo,
la excelencia de mi gusto;
pues mi delicia mayor,
aparte de otras pasiones,
es admirar las creaciones
sublimas del Redentor.

Dirá al ver que sigo mi obra
á todo consejo torcido,
que soy un pilla muy gordo...
¡y tendrá razón de sobra!
pero debe comprender
que, una vez vista su faz,
no hay hombre que sea capaz
de aguantarse... ¡qué ha de haber!

Por eso todos los días
que sale á paseo sola,
lleva ¡la mar! á la cola
diciéndola tonterías.

Yo, envidioso de su esposo,
quiero que usted le deteste,
que en asuntos como este
nadie me gana á envidioso.

Conste, pues, que sólo pido
que le engañe, y bien me fundo:
¡es lo más fácil del mundo
hacer traición á un marido
que tanto desdén soporta,
eguramente de mielo,
que es tonto y se chupa el dedo,
y que no pincha ni corta!...

Como puede suceder
que se burle usted de mí.

me conviene que oiga aquí
lo que acabo de saber;
y es, que estuvo en amoríos
hace dos meses con uno
que es un puerco, y es un tuno
que anda siempre envuelto en lios.

Si usted no cede, lo siento;
mas ya que su esposo ignora
lo pasado, yo, señora,
¡como hay Dios que se lo cuentó!

JUSTINO VELASCO.



Si te dicen que hay justicia,
anda y contéstale al mundo
que hay quien se llama Pagón
y me debe cinco duros.



Copia de *El Diario de Zaragoza*:

«Sr. Mansi!

Desde que V. está al frente del *ramo* de Correos, de todo
hay en España menos puntualidad en el servicio.

Nueve domingos consecutivos hace que á un queridísimo
amigo nuestro le falta el MADRID CÓMICO, que se lo remiten de
Madrid con una exactitud irreprochable.

Si en el MADRID CÓMICO se enseñara geografía y cómo de-
ben cumplir su misión los empleados de correos, no habría lu-
gar á queja, porque enseñar al que no sabe es una obra de
misericordia; pero como no sucede así y el abuso pasa ya de lo
normal, por eso lo consignamos.»

¿Se convencen VV. de que aquí no se puede vivir?



Hoy estamos á cero
y me encuentro sin capa y sin dinero.
El termómetro este
está haciendo más daño que la peste.
¡Yo no sé por qué el dueño no le tapa
cuando vaya á pasar uno sin capa.



Hemos recibido un ejemplar del libro *La flauta, su historia
y su estudio*, que acaba de dar á la estampa el distinguido
maestro compositor D. Joaquín Valverde.

El autor demuestra en su libro tres cosas:

Que posee profundos conocimientos en la materia.

Que escribe con tal perfección y elegancia, que para sí la qui-
sieran algunos que pasan por literatos de verdad.

Y que en las oposiciones á las cátedras del Conservatorio se
cometen á veces injusticias como castillos.



Bartolo, que es chiquitín
y, como tal, muy travieso,
ha cometido el exceso
de llamarme galopín.

Desprecio el insulto y callo;
¡no sabe ese pobrecillo
qué me como un bartolillo
en menos que canta un gallo!



En una tienda:

- ¿Tiene V. aves?
- Sí, señora.
- Enseñemelas V.
- Estos son patos.
- No me gustan.
- Aquí tiene V. un buen pavo.
- Los pavos son muy duros.
- Lleve V. entonces un capón.
- ¿Un capón? De ninguna manera. Me dan mucha lástima.



Se casó y le fué mal á Casimiro,
y, al fin, se pegó un tiro;
y hastiado de su vida de soltero,
se cortó la garganta Baldomero.
Léctor: del justo medio no te pases;
¡ni te cases jamás, ni no te cases!



Leemos en un periódico de provincias:
«Voy cruzando la senda de la vida
y sin poder andar
deseo una mirada de tus ojos,
Laura, ¿me la darás?»
Aquí se ve claramente que el poeta padece de los pies.
Algún callito.
Por lo cual, en vez de pedir miradas, lo que debe hacer es
ir á ver al pedicuro.



No hay bien que por mal no venga.
La excesiva tirada del Almanaque, y la gran presión que forzosamente se ejerce con tan fausto motivo sobre la piedra litográfica, no pueden menos de traer consecuencias desagradables... hasta cierto punto.
¿Que cuáles son? Pues nada, que salga borroso el dibujo en algunos ejemplares. No será cosa mayor, pero puede que suceda.
Como VV. comprenderán, á la hora presente no podemos saberlo con seguridad; pero lo aviso por si acaso, porque lo sospecho.
Y de paso ruego al comprador ó suscriptor á quien toque la china, que perdone, en gracia á que no se puede remediar.
Pudiera suceder que á fuerza de cuidado no ocurriera nada de lo dicho, en cuyo caso... ¡hosanna!



Mandó el notario Vicente
una comunicación
á don Tiburcio Ladrón,
hecha por el escribiente,
que juzgando, á lo que infero,
grave el insulto, quizás,
escribió así *nada más*:
«A don Tiburcio Ratero.»

J. ROSAO.



Vamos á entrar, mejor dicho, hemos entrado con toda felicidad en el año 1887.
Sólo una cosa nos está apretando el corazón y nos pone un par de nudos en la garganta.
No saber qué tal ha pasado los días de Pascua nuestro querido amigo el Sr. Gutiérrez, en compañía de las personas de su mayor aprecio!



Si quieres que te diga
cuánto te quiero,

dale con la badila
vuelta al brasero;
porque, alma mía,
no vale nada el hombre
cuando se enfría.



La casa editorial de Bailly-Bailliere ha publicado y puesto á la venta la *Agenda de bufete para 1887*. Es un objeto de escritorio que no puede faltar en ninguna parte.



La *Condesa* se titula un poema que acaba de publicar el señor D. Arturo Vela y Buruaga. Se revela en él un buen poeta y hábil versificador. ¡Animo, pues!



Acabo de recibir el tomo XXXIII de la *Biblioteca Demi-monde*. Se titula... no me atrevo á decir cómo se titula. ¡Conque si será picante la cosa!



Los Sres. Labiano Primos, dueños de los grandes y elegantes almacenes de Santa Cruz, han tenido la amabilidad de regalarnos un bonito almanaque de pared. ¡Un millón de gracias, caballeros!



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

- Sr. D. A. G.—Valladolid.—Sirve. Muy bien hecha la carta.
Sr. D. A. M. L.—Madrid.—Ni el ojo escrutador de la Providencia descifra eso.
Abecedario.—Venga la firma. Hay que corregir ¿eh?
Gablero.—Gastadísimo el asunto.
Sr. D. R. F. Y.—Zaragoza.—Muchísimas gracias por todo. Resulta un *mucho* fuerte la composición. La otra irá pronto.
Sr. D. A. S.—Madrid.—Descuida V. la forma. Fijese V. y verá que hay asonancias y hasta consonantes que no lo son. Se le aprecia.
Sr. D. F. G.—Vitoria.—Cuando pudieran publicarse habría pasado la oportunidad.
Sr. D. T. G.—Madrid.—*Catorce versos dicen que es coneto*, y ese no tiene más que diez.
Ficula.—Muy larga y... y muy incorrecta.
Sr. D. F. P.—Madrid.—No puede ser.
Uno que no sabe lo que son versos ni gramática.—Se lo daba á V. el corazón!
Zapal.—Mediana, porque carece de corrección y gracia.
No nuevo.—Calendario nuevo, versos malos y gracias.
Sr. D. A. C.—Madrid.—Créame V., no se puede decir nada del aliento porque *claro* resulta de mal gusto.
Un ministerial.—¿Poesía bucólica? ¡Dios nos libre! Y eso que la debe usted haber copiado.
Yo.—Dios nos libre también de las orientales cursis! Y mórbido se escribe con b.
Sr. D. M. M. M.—Madrid.—A 25 céntimos.
Un desocupado.—Que se entretiene en hacer bobadas. ¡Dios le conserve á V. la memez!

Á LOS SUSCRITORES, VENDEDORES Y COMPRADORES

El presente número que, como VV. ven, tiene pretensiones de ALMANAQUE, se venderá, ó por lo menos se pone á la venta á los precios siguientes:

A los vendedores y corresponsales.....	35 cénts.
Al público	50
A los suscritores.....	GRATIS

Dentro de pocos días quedarán disponibles las colecciones completas de los años 1893, 84, 85 y 86, á los siguientes precios cada tomo:

Sin encuadernar.....	10 pesetas
Idem id. á los suscritores.....	5
Encuadernado en tela inglesa.....	12,50
Idem id. á los suscritores.....	10

Y nada más tengo que advertir á VV., si no es darles gracias por el cariño con que nos honran y desear que vivamos en paz durante el año que entra, y que lo vean VV.

EL ADMINISTRADOR.

MADRID COMICO
ARREPENTIMIENTO



—Y pensar que anduve cerca de tres años pensando la manera de robarla! Y que no haya un alma caritativa que tome el desquite!

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 750 pesetas; semestre, 4'50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4'50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Cervantes, 2, segundo

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Teléfono núm. 620

COMPañÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFÉS
26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARIS
Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal..... Montera, 8
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

De las crónicas ilustradas que con este título se publican en el periódico, se hace una tirada aparte en cartulina superior, con el objeto de formar un álbum elegante, que constará de cincuenta hojas, una para cada provincia, y una de cubierta, coneniendo la portada y el prólogo.

Cuando se concluya el álbum, se venderá á los precios siguientes:

Sin encuadernar..... 20 pesetas
Encuadernado en tela..... 25
Cartulinas sueltas (cada una).... 0,50

Para mayor comodidad del público y nuestra, los pedidos de cartulinas se servirán, tanto en Madrid como en provincias, de diez en diez hojas, á medida que se vayan publicando.

A libreros y corresponsales se hace el descuento del 30 p. 100, ó decir, que les costará cada cartulina 35 céntimos.